



Capítulo 202

Alon no sabía mucho sobre el Apóstol de la Pereza.

Era natural.

Los apóstoles no eran un concepto que apareciera en Psychedelia.

Y, sin embargo, Alon fue capaz de idear un plan. La razón era simple: sabía qué tipo de poder ejercía el pecado de la pereza.

Por supuesto, un apóstol y un pecado eran diferentes.

Sin embargo, todos los apóstoles que había visto hasta ahora habían utilizado el poder del pecado.

Aun así, como no sabía nada más, tenía que ser cauteloso.

Por ejemplo, aunque podía especular sobre por qué el Apóstol de la Pereza se había llevado a Sili...

No tenía forma de saber por qué estaban causando tal caos en la selva.

Aun así, había un método que valía la pena probar.

«¿Hablas en serio?».



«Sí».

Alon asintió con la cabeza hacia Deus, cuyos labios se habían secado.

Reinhardt, con curiosidad, dio un paso adelante.

«Entonces, ¿cuál es el plan? Según lo que has dicho, en el momento en que entremos en esa magia negra, devorará nuestro maná y todos moriremos».

Y además, este tipo ni siquiera podrá entrar, añadió Reinhardt inclinando la barbilla hacia Deus.

«Así es. Si entramos en el bosque tal y como estamos, los caballeros serán aniquilados. A menos que ustedes dos tengan un nivel excepcional, agotarán su maná solo por intentar resistir esa magia negra».

Para Alon, esto era especialmente letal.

Aunque su maná había aumentado significativamente en comparación con unos años atrás, todavía tenía una cantidad relativamente baja.

Como solo podía resistir envolviéndose en maná, el tiempo que le quedaba serían apenas unos minutos.

«A menos que el poder divino pudiera protegerme de la magia negra...».

Pero él solo sabía que ese poder divino poseía una forma de autoridad absoluta.



No estaba seguro de si podría repeler la corrupción del maná.

Por desgracia.

Alon aún no sabía cómo manejar adecuadamente el poder divino.

Confiar demasiado en una fuerza sin probar sería una tontería.

«Syrkal».

«¿Sí?»

«¿A qué distancia están las ruinas de aquí?».

«... Como mínimo, se tardaría unas cinco horas en línea recta».

Cinco horas.

Mientras Alon se sumía en una breve reflexión...

«Pero si no partimos desde aquí y atravesamos la selva oriental de Kaslot, podemos reducir ese tiempo en unos treinta minutos».

Syrkal señaló otro lugar.

Alon ladeó la cabeza.



«... ¿Eso no sigue estando dentro del bosque?».

«Sí, pero la magia negra no podrá llegar hasta allí. Ese lugar es...».

«La región de Selvanus».

«Sí».

Reinhardt, interrumpiendo la conversación, habló en un tono ligeramente desaprobador.

«Pero eso parece demasiado peligroso. En lo profundo de esa región se encuentran los Fantasmas Blancos. Es prácticamente su dominio. No toleran a los intrusos».

Quizás recordando un encuentro pasado con los Fantasmas Blancos, Reinhardt se mostraba visiblemente reacio.

Sin embargo, a pesar de la reacción de Reinhardt, Alon permaneció en silencio.

Entonces, finalmente,

«Iremos allí».

Tomó una decisión.

«¿Hablas en serio?»



Reinhardt frunció el ceño, con las cejas arrugadas.

Pero.

«Sí».

«... ¿Sabes siquiera qué son los Fantasmas Blancos?».

«Sí. Pero no te preocupes. Lo que temes no sucederá, y rescataremos a Sili».

Alon se mantuvo firme en su decisión.

«Así que no te preocupes».

Le dio una palmadita en el hombro a Deus.

Las ruinas donde una vez vivió la tribu de la Serpiente del Trueno.

El paisaje había cambiado drásticamente.

Extraños y grotescos huevos de origen desconocido se aferraban a varios lugares.

Venas como zarcillos carmesí se extendían como una red, cubriendo las ruinas.



Golpe, golpe...

Como una orquesta tocando al unísono, los innumerables huevos latían.

En el centro de todo ello...

«Hmm~»

El Apóstol de la Pereza se puso de pie.

Un hombre con una expresión ligeramente aburrida, que contemplaba con indiferencia los cientos de huevos palpitantes.

Entonces.

Vwoooom...

«... Así que finalmente han intervenido».

Una pulsación de energía irradiaba de él. Uno de los hilos negros de maná vibró grotescamente.

Al darse cuenta de esto, el Apóstol de la Pereza sonrió con aire burlón.

No había esperado mucho, pero la presa que tanto había deseado había mordido el anzuelo.

No, en realidad, eran demasiado débiles para ser siquiera llamadas presas.



Eran tan insignificantes que ni siquiera necesitaba tomarse tantas molestias por ellos.

Y, sin embargo, se había esforzado por preparar el escenario por dos razones principales.

La primera era Deus Macallian.

Lo había hecho únicamente para llevar su mente al límite.

«Por eso dejé vivir a este en aquel entonces».

El Apóstol de la Pereza desvió ligeramente la mirada hacia Sili, que estaba fuertemente atada con hilos negros.

Tenía la boca amordazada y, a juzgar por su estado destrozado, había sido sometida a una brutal tortura.

A diferencia de los otros apóstoles, que mataban todo excepto sus ofrendas sacrificiales, él había mantenido deliberadamente con vida a Sili para provocar fácilmente a Deus.

Pero había otra razón por la que no había matado a Sili delante de Deus y haber terminado allí mismo.

Esa razón no era otra que el marqués Palatio.

«Ese hombre es peligroso».



Marqués Palatio.

Su verdadera naturaleza era completamente insondable.

Había demasiadas cosas curiosas sobre él.

Sin embargo, el Apóstol de la Pereza nunca había sentido la necesidad de investigarlo a fondo.

Solo había una cosa que importaba.

El marqués Palatio era alguien que podía interferir enormemente en sus planes.

Ese era el punto crucial.

Un recuerdo aún vívido en su mente.

El Apóstol de la Pereza lo había visto claramente.

Marqués Palatio...

La forma en que había derrotado al Apóstol de la Codicia.

Desde ese momento en adelante, el Apóstol de la Pereza se había mantenido deliberadamente oculto, preparando en silencio esta trampa.



Un escenario en el que, sin duda, saldría victorioso.

Además, había preparado fuerzas adicionales en la selva utilizando recursos ocultos, por si acaso.

Había eliminado casi todas las variables posibles.

Incluso si apareciera el marqués Palatio, no había forma de que se pudiera cambiar el resultado.

«Parece que han descubierto dónde estoy».

Podía sentir que los caballeros se acercaban, ahora a poca distancia.

«Ahora, ¿cómo debo manejar esto?».

El Apóstol de la Pereza torció los labios en una mueca de desprecio.

«Activando y desactivando su maná en grupos de tres... Parece que han malinterpretado completamente la situación. Mmm, ¿debería matarlos a todos cuando estén a mitad de camino?».

«No, quizás sea mejor esperar a que lleguen y luego matarlos a todos, y tirar sus cadáveres donde está Deus. No está mal. Podría matarlos a todos y dejar solo a un superviviente, para que vuelva y descargue todo su resentimiento sobre Deus».

«Luego, una vez que haya evaluado un poco la situación, puedo atraer a Deus aquí y finalmente matar a esa mujer delante de él».

Volvió a dirigir su mirada hacia Sili.

«Se acabó el juego».

Su sonrisa burlona se amplió.

A su lado, los cadáveres de los caballeros que habían entrado con Reinhardt yacían con el cuello retorcido.

Pero sus cuellos no eran lo único que estaba roto.

Sus cuerpos estaban horriblemente mutilados.

Algunos habían perdido los brazos.

Algunos no tenían piernas.

A algunos les faltaba la cabeza.

Otros aún tenían las extremidades intactas, pero sus vísceras se habían derramado.

Como para explicar por qué...

Clic.



El apóstol chasqueó los dedos ligeramente.

En ese momento...

Shhh...

Los cadáveres que yacían cerca de Sili comenzaron a levantarse, uno por uno.

De forma grotesca, como marionetas en una obra macabra.

Y entonces...

¡Zas!

Empezaron a blandir sus espadas el uno contra el otro.

La cabeza de un caballero muerto fue cortada limpiamente.

La sangre de color rojo oscuro brotaba de una espada que había atravesado la armadura metálica.

Las extremidades eran cortadas y caían al suelo con un ruido sordo, mientras las entrañas se derramaban con un sonido húmedo y repugnante.

Este acto no tenía ningún propósito real.

Al fin y al cabo, ya eran cadáveres.



Y, sin embargo, el apóstol continuó con este espantoso espectáculo por una sola razón.

¿Cómo te sientes?

Sili era la razón.

Cuanto más se rompía, más profunda sería la herida en la mente de Deus.

Ella apretó los ojos con fuerza, sin querer presenciar el horror.

Pero...

«Tsk, no deberías hacer eso».

Con un movimiento de sus dedos en el aire, el Apóstol obligó a Sili a abrir los ojos.

«Todo esto es para ti. Si no lo ves, entonces no tiene sentido, ¿no? Después de todo, los caballeros que vinieron a salvarte están montando todo un espectáculo».

Él se rió entre dientes, con los hombros temblando de diversión.

Un espantoso paisaje infernal se grabó en los ojos de Sili, añadiendo otra capa más de desesperación a su interior.

Sili miró fijamente al frente, con la mirada perdida.

Los cadáveres se lanzaron espadas el uno al otro.

Movimientos sin vida cortaban miembros muertos, mientras brazos grotescamente animados derramaban intestinos sobre el suelo.

Ella lo sabía.

Eran cadáveres.

Sus movimientos no eran más que un truco del apóstol que tenía delante.

Y, sin embargo.

Sili no podía ver esta trágica obra con indiferencia.

Eran caballeros de la Orden del Eclipse.

Todos y cada uno de ellos, ahora matándose entre sí...

Ella los conocía.

—¡Mmmmpf...!



El brazo de Zan, el que siempre gesticulaba juguetonamente cuando contaba sus chistes sobre los Sili, fue amputado en un instante.

A Millin, que solía susurrar a espaldas de Deus en broma, le cortaron la cabeza.

Mune, que una vez había observado su magia con fascinación y había entrenado junto a ella en los campos de entrenamiento, perdió una pierna.

Ella...

Ella...

Sili...

Por ella...

Todo...

Todo fue por ella.

Splurt...

Un chorro de sangre carmesí salpicó la visión de Sili.

Era la sangre de Mune.

El que una vez había alabado su magia.

Una vez más,

la desesperación se apoderó de sus ojos.

Le revolvió el estómago.

Sentía como si fuera a vomitar todo lo que tenía dentro.

Una culpa asfixiante nublaba su visión.

mientras una repugnante sensación de impotencia teñía sus pupilas de oscuridad.

Y, sin embargo.

«Ayúdame».

Sili se aferró a ese último hilo.

«Ayúdame, ayúdame, ayúdame, ayúdame».

Deseaba desesperadamente ser salvada.

Si se quedaba allí más tiempo, sentía que ya no sería ella misma.

Como si tuviera que correr, huir a un lugar del que nunca pudiera regresar.

Como si pudiera...

Saltara al abismo.

Esa idea la aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

Pero poco a poco, un repugnante odio hacia sí misma se apoderó de ella.

Al mismo tiempo, Sili lo sabía.

Incluso en medio de esta pesadilla, su aguda mente analizaba fríamente la situación.

Salvación...

No llegaría.

A través de su visión borrosa, el abismo se alzaba ante ella.

No había salvación.

Entonces, ¿no sería mejor simplemente dejarlo ir ahora?

Simplemente, simplemente...

«.....»



Las pupilas de Sili comenzaron a quedar sumergidas en una oscuridad total.

En ese momento, mientras los labios del apóstol se curvaban en una sonrisa retorcida...

¡Crackle!

Un sonido.

Un sonido pequeño, casi insignificante.

Sin embargo, era penetrantemente claro.

Mientras Sili, sumida en aquella espesa oscuridad, levantaba distraídamente la mirada hacia el cielo...

Un destello de luz descendió.

¡BOOOOM!

Un rayo dorado atravesó la oscuridad, iluminando el mundo en un instante.

¡Chisporroteo!

La magia negra se evaporó como la niebla, esparciéndose en polvo.



Al mismo tiempo...

Los hilos negros que ataban las extremidades de Sili se deshilacharon y desaparecieron.

«¿Qué demonios...?»

La voz del apóstol resonó sorprendida.

Y entonces.

Cuando el polvo se asentó, la visión borrosa de Sili se llenó... Con un hombre.

¡Crackle, crackle!

Un abrigo oscuro, parpadeando con electricidad estática...

«Llego un poco tarde».

Marqués Palatio.

«Ah...».

Un suave grito escapó de los labios de Sili antes de que se diera cuenta.

Del cuerpo de Alon, los rayos se enroscaban y crepitaban como una fuerza viva.